

Puerta abierta

Puerta abierta. Así se le ocurre definir, a este escritor, al espacio de tiempo que medirá desde esta Pascua pasada hasta las postrimerías del mes de octubre venidero. Puerta abierta. Los hoteles que durante este invierno permanecieron cerrados, sin luz, sin vida, ya empiezan a salirse de su letargo abriendo puertas y ventanas y sacudiéndoles el polvo amontonado. Los coches turismo también han empezado a ocupar las calzadas de los paseos. Y los que no son turismo, los mastodontes rodados, no han empezado a ocupar la calle porque de todo el año ya vienen dificultando el tránsito de una de nuestras más concurridas avenidas.

También empiezan a montarse algunos Cabos Cañaverales para lanzar al espacio muchos precios. Es la era de la altura, del infinito, y quien no llegue hasta allí, pues que se quede hasta donde pueda.

Puerta abierta, si señoras. Medio año de ajeteo, de nerviosismos, de no vivir, tanto unos como los otros. Las reflexiones de una Semana Santa se quedarán atrás, imperceptibles dentro poco. ¿Se le puede llamar a este estado de cosas, la lucha por la existencia, aunque esto suene a frase estereotipada? Allí cada cual con la respuesta.

Pero quien pueda continuar teniendo la puerta cerrada, a este mundo veraniego, se entiende, para no malgastar la tranquilidad acumulada en el invierno que nos ha dejado, se podrá considerar algún tanto feliz. Continuará disfrutando de un buen ahorro. De un ahorro no sujeto a impuestos ni a derechos reales.

Amoco

SAN FELIU DE GUIXOLS 10 DE ABRIL 1958 - NÚM. 528 - AÑO XI

Amores de alto rango



En todos los tiempos las personas reales y sus próximos allegados, príncipes y princesas, han sido objeto de la admiración popular. Su privilegiada posición les envuelve en una aureola brillante que atrae las miradas de las multitudes, y sus gestos, sus palabras, los más nimios detalles de su vida son seguidos y observados hasta el punto de que no pueden disfrutar, como los demás mortales de una vida rigurosamente privada. Es el precio con que pagan el don de haber nacido en cuna real.

Siempre ha ocurrido así, y no es de extrañar, pues por su alta misión rectora de los destinos de su pueblo y por lo trascendentes que pueden ser sus decisiones para el porvenir del mundo entero, incluso, los más pequeños pormenores de su vida pueden ser de una importancia capital.

Sin embargo, y a pesar de su rango eminente en la escala de los valores mundanos, a pesar de la majestuosidad de que se ven rodeados y de los fabulosos poderes que el pueblo les atribuye, no pueden desprenderse, como seres humanos que son, de los atributos sentimentales propios de los demás mortales, y en su intimidad han de estar sujetos a las mismas crisis afectivas comunes a aquellos.

La que pasa es que cuando un rey o un príncipe se ve afectado por un problema de índole sentimental no puede muchas veces manifestarlo públicamente, como puede hacerlo cualquier hijo del pueblo. Sus cuitas amorosas han de ir revestidas con ropaje oficial, protocolario, para ser admitidas abiertamente. De lo contrario, han de quedar ignoradas o mantenidas en silencio.

En ciertos casos, no obstante, el sentir pasional de un príncipe o princesa es tan fuerte que amenaza con romper los diques de la etiqueta cortesana, y pugnan por imponerse e irrumpir escandalosamente a la luz pública. Cuando así ocurre, lo más corriente es que se produzca un conflicto grave entre el personaje natural, humano, y el personaje honorífico, el dinástico. Acabamos de ver tres casos de esta naturaleza en la actualidad. No idénticos entre sí, pero consecuencia los tres de la incompatibilidad existente entre los deberes

de estado y los derivados de unos sentimientos ajenos a los formulismos palaciegos.

Uno de ellos, el idilio princesa Margarita de Inglaterra — capitán Townsend parece estar resuelto según las conveniencias de la corte. Cuando parecía que iba a producirse la ruptura entre la familia real y los dos enamorados (hay que tener en cuenta que el pretendiente es casado) una declaración oficial de ella deshizo el romance folletinesco que a su alrededor había forjado la imaginación popular y periodística. Desenlace de desencanto.

Otro caso parecido a éste pero con más fortuna es el de la pareja Margarita de Suecia y el pianista Robin Douglas. En esta ocasión sea que los enamorados no han topado con un protocolo tan rígido en la dinastía de los Bernadotte, sea que el galán pretendiente descendía de una familia más linajuda que la del fracasado capitán, lo cierto es que, por lo que parece, las relaciones van por buen camino y de no haber contratiempo inesperado el episodio acabará felizmente en boda.

Finalmente tenemos un tercer suceso amoroso de estirpe real. Este es más grave y el papel de víctima ha recaído a la bellísima Zoraya, esposa del Sha de Persia. Por razones de estado (¡qué irrazonables son a veces estas razones!) el monarca iraquí ha tenido que repudiar a su querida consorte por no tener ésta posibilidades físicas de poder darle un hijo, único con derecho a heredar el trono según las leyes de aquél país. Y no solamente se le han retirado a la desventurada Zoraya los derechos de soberana sino que se le ha negado incluso el de retornar a su patria. Así por el solo delito de su inocente esterilidad se ve obligada a pasear por el extranjero, perseguida por los reporteros, en período de vacaciones forzadas e indefinidas.

Esposa sin marido, reina sin reinado, su actual situación es patéticamente incierta. Mientras tanto continúa siendo figura propicia a la prensa sensacionalista y rimbombante.

Quizá su popularidad sea mayor, Quizá se vea más asediada durante algún tiempo de lo que era hasta ahora. Pero su fama comportará una gran tragedia íntima, sólo aquilatada por ella, mientras las cámaras fotográficas y los periodistas no la dejarán en reposo para poder servir a su costa sensacionales titulares a sus lectores.

Por otra parte puede que para algunas mujeres sea motivo de envidia por el renombre adquirido a tan alto precio. Para otras, en cambio, y con más acierto, puede ser punto de comparación para convencerse de lo felices que son con sus sencillos amores sin complicaciones. — **Xavier**